

venir sin esperanza, en las amarguras de mi vida presente. Pienso en Dios y le pido que me convierta y le digo desde el fondo de mi alma: Señor, vos conocéis mi debilidad, ¿por qué os habeis apartado de mí? ¿Por qué no me dais un poco más de fuerza, para que pueda luchar? ¿Por qué me dejais caer siempre en las tentaciones? Otras veces, la relación de un acto virtuoso, la lectura de una página conmovedora, me hacen brotar lágrimas: explicadme, os lo ruego, porque sucede que comprendiendo lo bueno y lo bello, sintiéndolo, he de obrar siempre mal.» (*Recuerdos de la Roquette*, t. II, pág. 81.)

Este desacuerdo entre la razón y los hechos, resultado de la debilidad de la voluntad, estaba muy caracterizado en este recluso, por efecto de sus malos antecedentes; pero puede presentarse en todos los hombres, instruidos ó ignorantes, porque la armonía entre la razón y los actos, no se obtiene sin un esfuerzo: es más bien el resultado de la buena voluntad, de rectitud de corazón, de desprendimiento propio, que de la reflexión y la sabiduría. Así es que el ministro de un emperador chino, que vivió 1,200 años antes de Jesucristo, decía: «No es difícil conocer el bien, sino el practicarlo. Principe, si teneis buena voluntad, nada os será difícil, é imitareis la virtud perfecta de nuestros antepasados.» (*Chon-King*, parte III, cap. VIII, sección 2.^a) El valor moral de los hombres depende más de la rectitud de la voluntad, que de la penetración de la inteligencia: las diferencias morales son, más bien diferencias de la voluntad que del entendimiento. Con la rectitud de la voluntad, el espíritu de sacrificio y la propia abnegación, es como los hombres llegan á establecer la armonía perfecta entre sus actos y la razón. El atractivo del placer, la fuerza de una pasión egoísta es lo que impiden este acuerdo completo. «Vemos y conocemos el bien, y sin embargo no lo practicamos, sea por cobardía, sea por alguna otra debilidad, preferida á la virtud (1).» (Eurípides, *Hipólito*.)

La conciencia pública ha protestado siempre contra la identidad de la ciencia y la sabiduría. El mismo Sócrates tiene buen cuidado en este punto, de hacer notar que el pueblo no pensaba como él. «El pueblo, dice, sostiene que la mayor parte de los hombres se complacen en reconocer lo que es bueno, y

(1) Conozco el mal que voy á cometer, pero la cólera puede en mí más que la razón... dice Medea en *Eurípides*.

sin embargo no lo practican, y aunque dependa de ellos la elección, por lo común hacen lo contrario. Todos aquellos á quienes he preguntado por este extraño proceder, todos me han dicho, que aquellos hombres son vencidos por la voluptuosidad ó por el pesar, ó dominados por alguna otra de las pasiones de que he hablado.» (Protagoras.) Pero el filósofo griego, no se aviene con esta opinión del pueblo, que «dice de buenas á primeras cuanto se le ocurre.» El pueblo sin embargo tenía razón. De la misma manera que Talleyrand ha dicho que hay alguien de más talento que Voltaire, y este alguien es, todo el mundo, hay también otro alguien que se acerca más á la verdad que Sócrates, y es todo el mundo.

Positivamente: si se sale de la teoría para fijar la atención en la realidad de las cosas, ¿quién pretenderá sostener que entre los ignorantes no hay moralidad? ¿No se ven labradores, obreros, pobres mujeres sin instrucción, practicando las virtudes más admirables? ¿Acaso la bondad, la caridad, el espíritu de sacrificio, la propia abnegación, no existen en aquellos tanto como los que dominan las lenguas griega y latina? Cuando un niño cae al río, cuando un caballo desbocado vá á tumbar á un anciano, cuando en un incendio, hay que salvar con peligro de la vida, alguien que vá á ser pasto de las llamas, ¿quién se arroja al agua ó al fuego? ¿quién se lanza sobre el caballo para detenerlo? ¿Es siempre un hombre instruido ó es más frecuente, que sea un pobre obrero, que para tener buen corazón no necesita leer á Platón ni á Aristóteles?

El acto de abnegación es más bien el resultado de un buen corazón, de un movimiento instantáneo, que el fruto de una gran cultura intelectual, ó de profundas reflexiones. Al contrario, opino, que la reflexión no siempre favorece el desarrollo de los sentimientos y de los actos generosos. Cuando se presenta al ánimo la idea de una buena acción, cuesta poco abandonarla, si no se ejecuta en el acto, si se reflexiona demasiado sobre la ingratitud de los hombres ante el sacrificio que vá á imponerse. J. J. Rousseau, dijo en forma paradójica: «el hombre que reflexiona, es un animal depravado.» Bajo esta forma, la idea impresiona, y sin embargo, no deja de tener un fondo de exactitud, si quiso con ello decir, que vale más seguir los primeros impulsos del corazón, que calcular demasiado las acciones. El primer impulso es el bueno: así M. de Talleyrand, que no siempre brilló por su generosidad de sentimientos, aconsejaba desconfiar de aquel impulso.

Si la instrucción fuese necesaria para crear la moralidad, ¿cuántos hombres honrados habría? ¡La moralidad sería el privilegio de una aristocracia intelectual, de uno exigua minoría! Afortunadamente, si el dominio de lo bello y de lo verdadero no está al alcance de todos los hombres, el dominio del bien no se niega á nadie. Los pescadores, los soldados que arriesgan su vida para salvar á un compañero, los criados ancianos que se consagran á sus amos, las buenas mujeres del campo que cuidan los enfermos, recogen y adoptan á los niños abandonados por una vecina miserable, todos estos pobres de espíritu y de dinero, son mucho más ricos de corazón que los sabios. En la práctica del bien, que está al alcance de los más pequeños, es como se establece la igualdad entre los hombres: todas las desigualdades de la fortuna, de la situación, de las facultades, desaparecen ante la verdadera igualdad, la igualdad moral. Un hombre honrado vale más que un sabio, y para ser honrado basta tener un corazón recto y buena voluntad.

Además, ¿por qué se ha dado en llamar ignorantes, á los que sin instrucción, saben portarse bien? ¿Acaso estos ignorantes no poseen la mejor de las ciencias? ¿Acaso las buenas acciones no valen tanto como las buenas palabras? ¿Acaso una buena conducta no vale más, que un poco de ilustración unida á un mucho de presunción? ¿Es que los más ignorantes no son, los que no saben portarse correctamente, «aunque sean los razonadores más sutiles y adiestrados en todo lo que es adecuado para dar más esplendor á su espíritu y más rapidez á sus actos?» (Platón, *Las leyes*, III.) No debe olvidarse que el ignorante que obra bien, puede juzgar muy bien, porque la rectitud de su voluntad se comunica á su ánimo. La práctica del bien no permite dudar de Dios, del alma, del libre albedrío y de la vida futura. Ahora bien, ¿el que posee estas grandes creencias, es realmente un ignorante, aunque jamás haya asistido á la escuela? Al contrario, ¿no acaba por dudarse del deber, cuando jamás se practica, y la voluntad corrompida vá unida al error en el espíritu? «El que obra mal, odia la luz.» Así pues, lejos de tener el privilegio de la sabiduría, el hombre instruido está tan expuesto al error como el ignorante, en punto á las verdades morales. En este orden de verdades, para tener el espíritu justo, es necesario tener sano el corazón y recta la voluntad: el ignorante que obra bien, está al abrigo del sofisma, como el sabio que obra mal se expone á caer en la paradoja.

Basta recordar lo que eran las costumbres del Imperio romano y de la Italia del siglo XVI, para observar, que una gran cultura intelectual puede ir acompañada de la corrupción en las costumbres y el desprecio de la vida humana. Cuando el Imperio romano se derrumbaba bajo el peso de sus vicios, no faltaban poetas, retóricos y filósofos; y sin embargo, ¿háse encontrado que en la época de Claudio y Mesalina, los hombres fuesen más valientes y las mujeres más castas, que en la época de Lucrecio y de Régulo? ¿En qué escuelas habían aprendido los Bárbaros, el respeto á la mujer, la observancia de la fe conyugal, la ciega obediencia á los jefes, el desprecio de la muerte, virtudes todas que los Romanos del Imperio desconocían por completo (1)? Compárense las costumbres de la sociedad romana con las de los Germanos, descritas por Tácito, y dígase, ¿dónde está la superioridad? «Ellas, (las mujeres bárbaras) viven rodeadas de castidad, sin el contacto corruptor de las seducciones de los espectáculos y las excitaciones de los festines: hombres y mujeres desconocen el misterioso comercio de las letras: en esta nación tan extensa, son rarísimos los adulterios: en este pueblo nadie se ríe de los vicios: ser corrompido ó corromper á los demás, no se llama, la moda corriente... Encuétranse aun mayores virtudes en las ciudades, donde solo se casan las vírgenes, y en donde solo es lícito una vez á la mujer el formar la esperanza y el voto de ser esposa: de la misma manera que ella no tiene más que un cuerpo y un alma, ella no tiene más que un esposo... Su pensamiento, su deseo no van más allá, y en el ser á quien se ha unido, ama más que al marido, á la institución llamada matrimonio. Limitar el número de hijos... es considerado como un crimen.» (*Costumbres de los Germanos*, 19.) Mientras los poetas romanos cantaban las costumbres más disolutas, los Bárbaros sepultaban en el fango de las lagunas, á la que había prostituido su cuerpo. (*Ibid.* 12.)

La cultura del espíritu no excluye por sí, la crueldad. Los combates de los gladiadores que eran desconocidos en Roma en un principio, fueron muy repetidos en la época en que más cultivadas eran las artes y las letras: los hombres más ilustrados, no eran los menos solícitos en buscar emociones, con el

(1) Creen los Germanos que en la mujer hay algo de santo y profético. (Tácito, parr. 8.)

espectáculo de los dolores de los gladiadores que se acuchillaban.

Sin duda J. J. Rousseau estaba en un error, al creer que la cultura de las artes, las ciencias y las letras, produce necesariamente la corrupción, y hubiera estado en lo cierto, si hubiese dicho que la cultura del espíritu no basta para producir la moralidad, y que los hombres menos cultos pueden tener mejores costumbres que los más civilizados. Los historiadores y los viajeros ofrecen frecuentes pruebas de esta aseveración. Cuando el historiador Justino describe las costumbres de los Scitas, da pruebas de su espíritu de justicia y de moderación. «La naturaleza, dice, les ha hecho justos, no las leyes... admirable espectáculo, el que ofrece un pueblo que instintivamente posee las virtudes, mientras las doctrinas de los sabios y las máximas de los filósofos, no han podido darlas á Grecia. (Lib. II, párr. 2.)

Las estadísticas criminales demuestran también, que no hay relación entre la criminalidad y la ignorancia. Se han abierto muchas escuelas, y aun no se ha cerrado una cárcel; al contrario, ha sido necesario construir otras ó ensanchar las existentes. La criminalidad no ha disminuido, mientras que la instrucción se ha extendido más y más. El número de acusados y procesados á instancias del Ministerio fiscal no ha cesado de aumentar: en 1838, este número era de 237 por 100 mil habitantes, y en 1887 háse elevado á 8.552. (*Estadística criminal para el año 1887*, pág. xviii.) Háse puesto en duda este aumento, (*Revista Azul*, 26 abril de 1890 y *Revista científica*) pero esta duda dimana de que sólo se han examinado los negocios sometidos á los Tribunales de los Assises, cuyo número ha disminuido por el hábito de la *corrección* adoptado más y más por los fiscales y jueces de instrucción. Pero las condenas impuestas por los Tribunales correccionales han aumentado considerablemente, y no pueden ser olvidadas cuando se trata de apreciar la criminalidad de un país. Así en 1888, mientras el número de asuntos sometidos á los Tribunales de los Assises disminuía en 38, aumentaba de un modo sensible el número de los delitos de robos, estafas y abusos de confianza, pues los simples robos que en 1887 fué de 35,349, en 1888 ascendió á 37,505.

Resulta también de las estadísticas del Ministerio de Justicia, que los departamentos que cuentan mayor número de indivi-

duos que no saben leer. *no son* los que presentan mayor cifra de procesados y acusados. Así los departamentos de Finisterre y Morbihan son los en que hay más personas que no saben leer ni escribir, y mientras la criminalidad en Francia arrojaba 517 acusados ó procesados por cada 100.000 habitantes, en Finisterre la proporción era de 437 y en Morbihan de 356: así pues no hay relación entre la ignorancia y la criminalidad. Otra prueba: los departamentos del Sena, Sena y Marne, y Marne son aquellos en que hay menos individuos que no saben leer ni escribir, y la proporción de procesados y acusados, es á razón de 100.000 habitantes, de 961 en el Sena, 713 en el Sena y Marne, y 732 en el Marne: es decir, que los departamentos que tienen menos individuos que ignoran el leer y escribir, ofrecen doble criminalidad que los de Finisterre y Morbihan. El departamento de Herault, que según la última estadística no tiene más que un individuo que no sabe leer ni escribir por cada 100 habitantes, arrojaba una cifra de 815 procesados por cada 100,000 habitantes, ó sea más del doble de Morbihan.

La estadística criminal de 1880 ha querido establecer una comparación del número proporcional de habitantes ignorantes de un departamento, con el número proporcional de acusados, y el resultado es el siguiente (pág. xxxii): 6 departamentos que tienen de 7 á 10 ignorantes por 100, presentan 9 acusados por cada 100,000 habitantes.

13 departamentos	11 á 20 ignorantes	13 acusados.
22 »	21 á 30 »	11 »
23 »	31 á 40 »	11 »
11 »	41 á 50 »	11 »
11 »	51 á 62 »	8 »

«Si la ignorancia fuese la única causa de los delitos, las dos proporciones marcharían en el mismo sentido, pero con frecuencia las pasiones y los vicios, independientemente de toda cuestión de la instrucción, son los verdaderos móviles de los delitos.» Quien dice esto, es el mismo Ministro de Justicia.

¿Qué tiene de extraño que la instrucción, aislada de la educación, no produzca la moralidad, cuando la vemos impotente para inspirar el simple buen sentido, que encontramos entre los ignorantes? ¿Acaso no es frecuente encontrar en simples

labriegos que no saben leer ni escribir, una delicadeza de espíritu, una claridad y solidez de juicio, que podrían envidiarles muchos bachilleres? ¿No podría decirse de muchos ignorantes lo que Víctor Hugo decía de Juan Valjean: «era un ignorante, pero en modo alguno un imbecil; la luz natural brillaba en él?» ¿Esta luz natural acompaña siempre la media-ciencia, que carga la memoria sin desarrollar el juicio? ¿Acaso la criada á quien Moliere leía sus comedias, no era mejor juez que M. Tristotin? ¿Por ventura una larga serie de conocimientos mal digeridos, no es mucho peor que la ignorancia? (Platón, *Las leyes*, VII.)

Sobre todo, ¿cómo se quiere, que la enseñanza primaria, que es la única que se da á la inmensa mayoría de los ciudadanos, pueda producir la moralidad, es decir á enseñarles á regular sus deseos, á dominar sus pasiones, á fortificar su voluntad? Los elementos de historia, geografía y aritmética que se les enseñan, muy útiles son sin duda, pero no comunicarán el desinterés y el amor á sus semejantes: no les enseñarán á soportar la pobreza con resignación, á amar el trabajo, á contentarse con su modesta situación, á moderar sus gastos. Bajo este punto de vista, ¡cuánta más fuerza moralizadora tiene el trabajo manual! ¿No debe temerse que los hijos de obreros y labradores desprecien el trabajo manual, cuando están provistos de nombramientos? ¡Cuántas veces, he podido comprobar este desprecio de los hijos, hacia los trabajos agrícolas de sus padres! ¡A cuántos peligros no les expone el deseo de un empleo, cuanto este tarda en obtenerse! Los magistrados lo saben, porque ellos son los que empiezan por encontrar el título de institutrices, en los procesos por aborto ó infanticidio!

¿Se dirá que la enseñanza secundaria, es más eficaz que la primaria, para disminuir la criminalidad? ¿Es la física, ó la historia natural la que dará este resultado? Un distinguido filósofo, que tiene una fe extraordinaria en la virtud educativa de la instrucción, es no obstante el primero en reconocer que los estudios científicos, sin la enseñanza de la moral, no hacen á los hombres ni menos egoístas ni menos envidiosos, ni más buenos. Aquel filósofo llega hasta á escribir, con exageración, que «los bachilleres en ciencias, desprovistos de toda cultura literaria y filosófica, son verdaderos bárbaros en nuestra sociedad actual... ¿Qué es la ciencia positiva, dice, fuera de la moral, sino una forma superior de la fuerza, más peligrosa

tal vez que la fuerza bruta, porque es más poderosa, pero poco digna de respeto?...» (Fouillée, *Revista de ambos mundos*, 15 julio 1890.) El mismo escritor añade con razón, que el estudio de las ciencias, separado de la educación moral, desarrolla un orgullo que hace peligrosos á los hombres. Cuando los jóvenes no encuentran en el mundo el éxito que esperaban, sienten tal despecho, tal odio violento contra la sociedad, que puede llegar hasta el crimen. He ahí ahora un triste ejemplo de esta vanidad, que no sólo hace al sabio á medias, ridículo é insoportable, sino que algunas veces lo convierte en bárbaro y criminal: el asunto que voy á exponer, fué juzgado hace algunos años por el Tribunal de los Assises de las Bocas del Ródano. Un joven perteneciente á una familia respetable, había descuidado completamente las letras y se entregó con ardor increíble á los estudios de la mecánica y la química: al salir del instituto, continuó sus estudios y se esforzó en descubrir algunas sustancias explosivas de gran potencia: dirigió una carta tras otra á los directores de las compañías industriales, á los ministros, á las sociedades científicas, proponiéndoles sus inventos: contestósele que estos no eran prácticos. El desaire no tardó en engendrar el fastidio, en el corazón de B... que concibió un odio furioso contra la sociedad que no quería hacerle justicia. Cansada ya su familia de facilitarle cantidades, vivió durante muchos años del trabajo de su manceba, permaneciendo sólo en su aposento, absorto en sus trabajos de química, quejándose más y más de ser desconocido y no poder obtener la fortuna en que había soñado. Bajo la presión de la miseria y del odio á la sociedad, una tarde quiso penetrar en una casa para robar, pero detenido en delito flagrante, fué conducido ante el Tribunal que se apiadó de él y le absolvió. Esta prueba no le enmendó; aunque conociendo de un modo imperfecto las reglas de la ortografía, creíase siempre llamado á transformar la industria, y la guerra con sus máquinas, formando una idea elevadísima de su potencia intelectual. El éxito tampoco se alcanzó y la miseria fué en aumento. El 21 de junio de 1870, abandonó súbitamente su domicilio, llevando consigo la suma de diez francos que le quedaba, una hacha y un saco que contenía algunos frascos y varios productos químicos: tomó el tren en Cassis y se dirigió á Tolón, con el propósito de matar á un viajero y robarle: escogió un compartimiento en que sólo había un viajero, un joven de 19 años

que se preparaba para entrar en la escuela de Saint-Cyr. Algunos instantes después de marchar el tren, los viajeros que estaban en el compartimiento inmediato oyeron gritos de angustia, teniendo el presentimiento de que á su lado se cometía un crimen. Cuando el tren se detuvo, los viajeros se precipitaron á la portezuela y vieron al llamado B... inmóvil, los ojos salientes, el rostro desfigurado, bañado en sudor, frente al cadáver aun caliente de su compañero de viaje: del vagón se desprendía un fuerte olor de éter, y en el suelo había frascos y tubos de cristal. Un viajero le cogió por los brazos y le apostrofó con la palabra ¡asesino! y entonces sus ojos se llenaron de lágrimas y cayó aplomado. Después de haber negado durante un buen rato su culpabilidad, al fin confesóse reo y dijo: «Si yo lo he hecho, es evidente que he dado muerte á este joven.» El desventurado había asfixiado á su compañero de viaje, haciéndole respirar sin que lo sospechara, el cloroformo por medio de chorros invisibles que se escapaban de un aparato. En su saco, encontróse el reloj, el chalequero y el bolsillo de su víctima.

Durante el proceso, pudo evidenciarse el odio intenso que profesaba á la sociedad, así como su orgullo superlativo, y dijo al juez de instrucción: «Había meditado profundamente sobre la suerte que me esperaba en la sociedad actual: yo me había figurado que con mis inventos debería ocupar un lugar en el mundo, mientras en realidad vivía desgraciado y desconocido... La desesperación se ha apoderado de mí, he cobrado rencor á todo el género humano, y no hubiera vacilado en destruirlo, si hubiese podido reunirlo agrupado encima de mis máquinas (1).»

(1) Con cuanta razón, dice M. de Maudsley que, «la civilización sin la moral y la religión puede hacer brutos, más brutos y sobre todo más peligrosos, que en el estado salvaje.» (*Revista filosófica*, abril de 1884.) ¿Cómo se puede olvidar que la *Commune* tenía á sus órdenes una *Comisión científica*, al frente de la cual estaba el Dr. Parisel y otros sabios? Esta Comisión compuesta de petroleros y polvoristas, había organizado varios depósitos de materias explosivas en distintos barrios de París: estos depósitos estaban en relación con hilos especiales con un registro central, desde donde podía partir la orden de hacer volar este ó aquel barrio de París. La entrada del ejército en la capital, impidió la ejecución de estas resoluciones infernales. ¿Pero, no hay que temer el que volvamos á análogas tentativas, mediante la complicidad de físicos y químicos muy hábiles en preparar las materias explosivas?

Las ciencias físicas y naturales, que son tan atractivas y admirables cuando se sabe penetrar su espíritu, son algunas veces perjudiciales cuando se las estudia sin espíritu filosófico: desde luego pueden llevar á la negación de las creencias espiritualistas. El mismo Diderot, á quien no impresionaban los atrevimientos filosóficos, dirigiéndose á los jóvenes que se preparaban para el estudio de las ciencias naturales, había sin embargo escrito en sus *Pensamientos sobre la interpretación de la Naturaleza*, este juicioso prólogo: «Joven... aprende y lee... Ten siempre presente que la Naturaleza no es Dios, que un hombre no es una máquina, y que una hipótesis no es un hecho...» Yo no pretendo ciertamente que la negación de las creencias espiritualistas, conduzca necesariamente al delito, pero entiendo, que la falta, que la pérdida de estas creencias, debilita en los jóvenes la fuerza moral que les mantiene en el camino del deber: lejos de mí, la pretensión de que el materialismo y el ateísmo, hagan siempre imposible la práctica del bien. El mismo M. Littré, antes de su aberración era un sabio. «un santo laico.» Lo mismo pudiera decirse de Darwin y otros sabios. Cualquiera que sea la teoría que adopte, el hombre que consagra su vida á la ciencia, elévase á una altura moral, á la cual no pueden llegar las bajas pasiones. El sabio puede pensar como ateo y obrar como espiritualista, no creer en la libertad moral y en el carácter absoluto del deber, y al mismo tiempo conducirse como si se creyera un ser libre, y obligado á cumplir los deberes, y todo esto, por efecto de una de estas inconsecuencias que son tan naturales al hombre. Este puede dividir la vida en dos partes, separar la especulación de la práctica, entregarse con toda libertad y con una especie de ceguera de espíritu, á todos los arrebatos de la imaginación; y luego, en la práctica diaria, recobrar el buen sentido y pensar como los demás hombres. Pero no todos saben hacer esta distinción, entre la teoría y la práctica, y en general, procuran poner en armonía sus actos con sus principios: la lógica lo exige.

Sí: en vez de considerar al hombre, un ser dotado de razón y libertad, distinto por su naturaleza de los demás animales, los naturalistas como el Dr. Letourneau, no ven más que un «ser desbastado,» cuya naturaleza y cuyo fin no son distintos de los otros animales. ¿creeráse que esta doctrina no tendrá una influencia funesta en la moral pública? Ya en distintos asuntos criminales, la justicia ha comprobado la acción